

Adolfo Bioy Casares
La aventura de un fotógrafo
en La Plata



La aventura de un fotógrafo en La Plata narra las peripecias de Nicolasito Almanza durante su estancia en La Plata —ciudad a la que acude en el cumplimiento de su primer encargo como fotógrafo profesional— y de sus azarosas relaciones con la familia Lombardo y los personajes que pueblan su mundo de huésped de pensión. Apariencia y realidad, sueño y vigilia, plena consciencia y alucinación, se funden sutilmente para subrayar la fundamental ambigüedad de este relato, que, si bien participa de los elementos de la novela de intriga y del relato fantástico, es, a la vez, una hermosa historia de amor.



eBooks con estilo

Adolfo Bioy Casares

La aventura de un fotógrafo en La Plata

ePUB v1.0

hermes 10 12.12.12

más libros en epubgratis.me

Título original: *La aventura de un fotógrafo en La Plata*
Adolfo Bioy Casares, 1985.

Editor original: hermes 10 (v1.0)
ePub base v2.1

Alrededor de las cinco, después de un viaje en ómnibus, tan largo como la noche, Nicolás Almanza llegó a La Plata. Se había internado una cuadra en la ciudad, desconocida para él, cuando saludaron. No contestó, por tener la mano derecha ocupada con la bolsa de la cámara, los lentes, demás accesorios, y la izquierda, con la valija de la ropa. Recordó entonces una situación parecida. Se dijo: «Todo se repite», pero la otra vez tenía las manos libres y contestó un saludo que era para alguien que estaba a sus espaldas. Miró hacia atrás: no había nadie. Quienes lo saludaron repetían el saludo y sonreían, lo que llamó su atención, porque no había visto nunca esas caras. Por la forma de estar agrupados, pensó que a lo mejor descubrieron que era fotógrafo y querían que los retratara. «Un grupo de familia», pensó. Lo componía un señor de edad, alto, derecho, aplomado, respetable, de pelo y bigote blancos, de piel rosada, de ojos azules, que lo miraba bondadosamente y quizá con un poco de picardía; dos mujeres jóvenes, de buena presencia, una rubia, alta, con un bebe en brazos, y otra de pelo negro; una niña, de tres o cuatro años. Junto a ellos se amontonaban valijas, bolsas, envoltorios. Cruzó la calle, preguntó en qué podría servirles. La rubia dijo:

—Pensamos que usted también es forastero.

—Pero no tan forastero como nosotros —agregó riendo la morena— y queríamos preguntarle...

—Porque hay que desconfiar de la gente pueblera, más que nada si uno deja ver su traza de pajuerano —explicó el señor con gravedad, a último momento atenuada por una sonrisa.

Almanza creyó entender que por alguna razón misteriosa todo divertía al viejo, sin exceptuar el fotógrafo de tierra adentro, que no había dicho más de tres o cuatro palabras. No se ofendió.

La morena concluyó su pregunta:

—Si no habrá un café abierto por acá.

—Un lugar de toda confianza, donde le sirvan un verdadero desayuno —dijo el señor, para agregar sonriendo, con una alegría que invitaba a compartir—. Sin que por eso lo desplumen.

—Lamento no poder ayudarlos. No conozco la zona. —Tras un silencio, anunció—. Bueno, ahora los dejo.

—Yo pensé que el señor nos acompañaría —aseguró la morena.

—Yo quisiera saber por qué trajimos tantos bultos —protestó la rubia.

Entre las dos no atinaban a cargarlos.

—Permítame —dijo Almanza.

—Le voy a encarecer que nos acompañe —dijo el señor, mientras le pasaba los bultos, uno tras otro—. El pueblera, y peor cuando se dedica al comercio, es muy tramposo. Hay que presentar un frente unido. A propósito: Juan Lombardo, para lo que ordene.

—Nicolás Almanza.

—Una auspiciosa coincidencia. ¡Tocayos! Mi nombre completo es Juan Nicolás Lombardo, para lo que ordene.

Almanza vio semblantes de asombro en la rubia, de regocijo en la morena, de amistosa esperanza en don Juan. Éste le tendía una mano abierta. Para estrecharla, se disponía a dejar en el suelo los bultos recién cargados, cuando la muchacha de pelo negro le dijo:

—¡Pobre Papá Noel! Miren en qué situación lo ponen. Ya va a tener tiempo de darle la mano a n...

padre.

El grupo se adentró en la ciudad. Don Juan, con paso enérgico, marchaba al frente. Se rezagaba un poco Almanza, estorbado por la carga, pero alentado por las muchachas. La niña, durante las primeras cuerdas pidió algo que no consiguió, por lo que finalmente agregó su llanto al del hermano. Como quien despierta, Almanza oyó la animosa voz de don Juan, que anunciaba:

—Aquí tenemos un local aparente, salvo mejor opinión de nuestro joven amigo.

Se apuró en asentar. Estaban frente a un café o bar cuyo personal, en ropa de fajina, baldeaba y cepillaba el piso, entre mesas apiladas. A regañadientes les hicieron un lugar y por último les trajeron cinco cafés con leche, con pan y manteca y medias lunas. Comieron y conversaron. Se enteró entonces Almanza de que don Juan era, o había sido, mayordomo de una estancia de Etchebarne, en el partido de la Magdalena, y que tenía un campito en Coronel Brandsen. Supo también que la rubia, madre de las dos criaturas, se llamaba Griselda. La morena, que se llamaba Julia, le anunció que a ellos les esperaban en una casa de pensión, que ofrecía todas las comodidades a precios razonables, muy recomendada por pasajeros acostumbrados a lo mejor. Por su parte opinó don Juan:

—Le hago ver, hijo mío, que si se viene con nosotros, la ganancia es de todos. Pondré mi empeño como si usted fuera de la familia, para que los patrones le ofrezcan una comodidad para salir de apuro.

Estas palabras recibieron el apoyo de las dos mujeres.

—De veras agradezco, pero ahora es imposible —afirmó—. Tengo reservada una pieza en pensión donde para un amigo.

El descanso, la comida, la conversación trajeron un bienestar general, perturbado al rato por el llanto del bebe, tan tesonero que bordeaba lo insoportable. Así debió de pensar Griselda, porque de repente dijo:

—Con el perdón de todos.

Descubrió un pecho notablemente redondo y rosado y se puso a alimentar al hijo.

Acompañó a sus nuevos amigos hasta la pensión, que según se enteró después quedaba en 2 y 54, les llevó el numeroso equipaje a la pieza, en el piso alto, para lo que debió subir y bajar varias veces escalera. En ese ir y venir no se cansó de admirar unos vitrales, con figuras de colores vivos. Presintió que la otra pensión, donde le había reservado una pieza el amigo Mascardi, no le iba a gustar tanto. Lo que en ésta menos le gustaba era un olor, tal vez a cocina o a despensa, no sabía a qué, ni fuerte o muy repulsivo, que parecía estar en toda la casa.

Aunque los Lombardo porfiaban en retenerlo, se despidió porque se le hacía tarde. Mientras los acompañaban hasta la puerta, las mujeres le dijeron que no fuera ingrato, que las visitara pronto. Retumbó entonces un grito desgarrador. Después de un corto silencio oyeron la voz de don Juan, que entre quejidos llamaba a sus hijas. Griselda corrió escaleras arriba. Antes de seguirla, Julia dijo:

—Todavía no se vaya. No nos deje en este momento.

Almanza conversó con la patrona y con algún pensionista. Se preguntaban qué pasaba. Al rato volvió Griselda, muy nerviosa.

—Hay que llamar a un médico —dijo—. Mi padre está mal.

La patrona preguntó:

—¿Médico? Yo me manejo con el Centro Médico. Si quiere, llamo. Vienen en seguida.

—Llame, llame.

La conversación telefónica de la patrona fue continuamente interrumpida por Griselda, que le indicaba:

—Repita que está mal. Que tuvo un vómito de sangre. Que hay que hacerle una transfusión.

Se fue Griselda, llegó Julia y preguntó:

—¿Queda lejos el Centro Médico?

La patrona dijo:

—A la vuelta, a unas cuadras de aquí. Vienen en seguida.

—Voy allá.

—Voy yo —dijo Almanza.

—¿No se perderá?

—No, si me dan las señas.

—Es fácil —aseguró la patrona—. Seis cuadras a la derecha, una a la izquierda, otra a la derecha. No puede perderse.

Sin pensar más, Almanza corrió a la calle. Contaba en voz alta las cuadras. Al cabo de la octava se encontró con una ambulancia que salía de un caserón. Levantó una mano, para detenerla y preguntó: ¿iban a 54 y 2. Le dijeron que sí.

—Venía a buscarlos —dijo—. ¿Me llevan?

En la ambulancia había dos hombres. El que manejaba, vestido de enfermero, y el acompañante, con ropa casi igual, que debía de ser el médico. Cuando estaban por llegar, el médico le preguntó:

—¿Hepatitis? ¿Alguna enfermedad infecciosa, que recuerde? ¿Secretas?

—El enfermo es otro. Un señor mayor, don Juan Lombardo. Un amigo.

—Lo que pregunto es si usted tuvo hepatitis. ¿Infecciosas? ¿Secretas?

—¿Yo? Ni por casualidad.

Ya en la escalera de la pensión, el médico le dijo:

—Usted no se me vaya.

Almanza le señaló la habitación de los Lombardo. Diciendo «Permiso, permiso» para apartar a los pensionistas, el médico entró y cerró. Como la espera se alargaba, Almanza empezó a desear que la puerta se abriera, que Julia se asomara y dijera que su padre estaba perfectamente. Tanta voluntad había puesto en el deseo, que al abrirse la puerta pensó que era por obra suya. Quien apareció no fue Julia, sino el médico, que salió diciendo como para él mismo:

—Perfecto, perfecto. —De pronto fijó los ojos en Almanza y le dijo: —Estaba pensando en usted.

Con satisfacción notó que le daban importancia. Preguntó:

—¿Puedo ayudar?

—Puede.

—¿Qué debo hacer?

—Se arremanga un bracito.

Obedeció.

—¿Y ahora?

—Le doy un pinchacito.

El médico puso en una placa de vidrio un poco de sangre que había sacado.

—¿Ya está? —preguntó Almanza.

—Hoy es mi día de suerte. ¡El mismo grupo! ¿Se da cuenta?

—La verdad que no, doctor.

—Los dos tienen el mismo grupo: A, positivo. La sangre más común y silvestre que se puede pedir. Por favor, venga para acá, en seguidita.

—¿Dónde?

No podía creer que lo llevaran a la pieza del enfermo. El médico le decía por lo bajo:

—¿Está del todo seguro que nunca se pescó unas lindas purgaciones? Entiéndame bien: no es momento de andar con tapujos. Por amor propio o por simple vergüenza no le haga al pobre viejo semejante regalito.

A esa altura de la conversación había comprendido de qué se trataba. Nunca había dado sangre, pero tenía conocidos que lo hicieron, sin que se les notara después el menor perjuicio; de modo que no se preocupó. La parte más fea de aquella transfusión fue el hedor de la pieza, bastante raro, y el aspecto del viejo, con ojeras francamente marrones, pálido como difunto. El viejo se las arregló para sonreír y comentar:

—Yo sabía que Almanza no iba a fallarnos.

Pareció entonces que la culminación del suceso hubiera sido la reacción favorable de don Juan y suculenta merienda que le sirvieron a Almanza en el café contiguo. Las hermanas Lombardo insistieron en acompañarlo, porque no querían que pasase por alto este segundo desayuno. Explicaron —Tiene que reponer fuerzas.

Tan agradecidas se mostraban que para agasajarlo debidamente dejaron solo al enfermo. Se despedían cuando entró la patrona de la pensión.

—¿El señor es el señor Almanza? —preguntó—. El señor Lombardo le pide que antes de irse tenga bien subir un minuto a su pieza.

Almanza acudió. El feo olor prácticamente había desaparecido; lo reemplazaba, eso sí, el viejo aroma propio de la casa. A lo que pudo ver, el señor Lombardo estaba más animoso. En cuanto a él sintió una momentánea sensación de malestar, como si faltara el aire. Atribuyó el hecho a su disgusto porque era tarde y por seguir demorándose. Pensó: «Es una vergüenza... Por lo menos si pudiera abrir la ventana, para que entren la luz y el aire de afuera». Don Juan lo llamó:

—Atráquese a mi cama. Usted me salvó la vida, así que yo le debo una explicación. Cuando se dijo que lo saludamos por tomarlo por forastero, faltamos a la verdad. No se me enoje ahora, que va a oír la explicación prometida. Maliciamos que era forastero, pero a qué negarlo, yo lo encontré enteramente parecido a mi hijo. Las chicas no me desmintieron.

—¿Vive ese hijo suyo?

—¿Ventura? Nos han llegado noticias de que no.

—¿Dónde se encuentra?

—Para el corazón de este enfermo, aquí, junto a la cama. No lo tome a mal, ni piense que soy un viejo trascordado. Si me confundo es adrede y usted permitirá que en mi tribulación lo trate de hijo. Otro no sé por dónde anda. Hará cosa de siete años, de la noche a la mañana, se fue de la casa de sus padres.

—¿Sin motivo valedero?

—Con motivo, pobre muchacho. Es lo que más duele. Yo seré un viejo lleno de mañas, pero siento el dolor como cualquiera. Hubo una desavenencia, le levanté la mano, todo por una futesa que no merecía tanto disgusto. Quiero decir que entonces yo no veía por qué al muchacho le cayó tan mal.

—¿Qué le cayó mal?

—Si no me explico debidamente, usted no me va a entender.

Dijo don Juan que él siempre había sido franco y abierto para la gente que lo quería, pero malo como el ají para los que le llevaban la contra. Confesó que por aquella época amigaba con una viuda. El hijo de la viuda se metió a vendedor de seguros y ella le encareció que le comprara al muchacho un seguro de vida, para apuntalarlo en el conchabo.

—Sobre mi propia vida, ni hablar, porque soy supersticioso —continuó—. Mi pobre señora y yo andaba muy decaída, así que venía a quedar eliminada, porque las primas o como las llamen iban a estar por las nubes. Pensé: «¿Quién más aparente que Ventura? Un muchacho en la flor de la edad». Al principio la operación me salió bastante acomodada. En dinero nomás, porque en aflicciones ¡ni me hable! Vaya uno a saber qué dio en figurarse Ventura, sobre aquel seguro. Que yo tenía noticias ó

alguna misteriosa enfermedad suya, mortal a corto plazo. O todavía peor: me prestaba tal vez una intención aviesa, que no quiero pensar. Hasta las más altas horas duró la controversia con mi pobre hijo. Al día siguiente no estaba por ninguna parte. Nunca volví a verlo.

Almanza temió que don Juan tuviera una recaída, porque parecía cansado, a punto de sofocarse. Mi recuerdo de la discusión de esa noche terrible tal vez fue demasiado doloroso para ese viejo que salía de una descompostura. Don Juan continuó:

—Ya no quiero hablar de aquel hijo. Me atribuyó designios por demás infames. Por suerte ahora tengo otro, que me salvó la vida.

La mano que apretó el brazo de Almanza no parecía la de un hombre enfermo y débil. Era una garra.

Como pensando en voz alta don Juan dijo:

—Ni siquiera sé que esté vivo o esté muerto. Lo más probable es que esté muerto, pero eso me basta para cobrar el seguro.

Cuando pasó frente al hotel La Pérgola, pensó: «Antes de irme voy a fotografiarlo. Me gustaría parar ahí». Al doblar por 43 divisó a su amigo Lucio Mascardi, a mitad de cuadra, recostado contra el marco de una puerta. Hasta que Almanza llegó a su lado, Mascardi no dio señales de verlo. Entonces dijo:

—Pensé que no venías.

—Te voy a explicar.

—No expliques.

—Me puse a conversar con una familia, gente de Brandsen. Tomamos el desayuno y cuando lo acompañé a la pensión querían conseguirme una pieza, para que me quedara con ellos.

—Estaría bueno, después de volcar mi influencia para meterte acá.

—No sabés todo lo que me pasó.

—No te vas a excusar conmigo... Encontrar hospedaje en La Plata no es nada fácil. Las pensiones están, lo que se dice, al tope. El único arreglo posible fue poner una segunda cama en mi pieza, que es bastante grande.

—No quiero estorbar.

—¿Cómo se te ocurre? ¿No somos amigos de toda la vida?

Por el zaguán entraron en un patio al que habían techado con una claraboya, para convertirlo en una sala. A ese patio, o sala, daban media docena de puertas de dos hojas, altas y angostas, con un numerito arriba, en una chapa ovalada, blanca, con persianas de madera pintadas de gris. El piso era de baldosas coloradas. Había dos o tres alfombritas viejas, por aquí y por allá, y una mesa de mimbre con sillones desvencijados, plantas en macetas, un reloj de péndulo. En comparación, la pensión de la familia Lombardo parecía imponente y rumbosa, con aquellos vistosos vidrios de colores. Se felicitó de que no lo convencieran los Lombardo, porque en una pensión de tanto lujo quién sabe con qué extras iban a salir. Eso sí, cuando le llegara la última paga, se mudaría allá por unos días, para pasarlos a cuerpo de rey.

El crujido de un gozne los detuvo. De la primera puerta, a contar por la izquierda, salió una mujer robusta, ni vieja ni joven, de pelo negro, de piel blanca, de labios rojos, mojados, que parecía «una monja de civil» y que, según dijo Mascardi, «antes de apersonarse los había espiado por la ventanita que hay en la pared». Mascardi habló con aplomo:

—Doña Carmen, le presento a su nuevo pensionista, el señor Almanza.

Tras examinar en silencio al nombrado, la patrona dijo:

—Perfectamente. Voy a hablar claro con el señor. Primer punto: a esta casa no me trae mujeres. Si un día llega su señora madre, vaya y pase; pero no se me venga con la hermanita, ni con la prima con la tía, bajo ningún concepto. Sepa bien que desde la ventanita de mi pieza lo estoy espiando. ¿Queda bien sentado, entonces, que ésta es una casa decente?

—Desde luego, señora.

Taconeando en las baldosas doña Carmen se dirigió a la única puerta entreabierta (tenía el numerito 4, en la chapa de arriba) y, con un amplio movimiento de brazos, la abrió de par en par. Se volvió, anunció:

—¡La pieza! —Después de un silencio agregó en voz más baja: —Con nuestra mataca adentro.

—Aymará, señora —protestó la muchacha.

—Da lo mismo. Contraída, como corresponde, a su obligación: limpiar, barrer. En mi casa todo brilla. Como en los grandes hoteles internacionales, no bien el pensionista sale, la mataca entra, para limpiar y poner orden.

—Ya terminé, señora —dijo la muchacha.

Ágilmente recogió el balde y demás menesteres de trabajo, mostró una amplia sonrisa que alegraba sus ojos, saludó y se metió en otra habitación.

—La tengo en la mira —explicó Mascardi, en un susurro.

La patrona reclamó la atención de Almanza:

—En materia de electricidad, no me cambia una bombita por otra de más fuerza, ni me enchufo nada. ¿Se molesta al baño conmigo?

—Como ordene, señora.

—Entre y mire con sus propios ojos. ¿Toma debida nota de la limpieza? Quiero que los pensionistas me la cuiden. Así que nada de ensuciar afuera. ¿Entendido?

—Entendido.

—Le voy a encargar al cerrajero su llave de la puerta de calle. Óigame bien: el pensionista que vuelve después de las once de la noche me cierra la puerta con llave.

—Pierda cuidado, señora.

Doña Carmen respondió:

—Una patrona nunca pierde cuidado.

Ya en el cuarto, arrimó los bultos a su cama y se dejó caer. Mascardi, sentado en la otra cama, dijo:

—Si yo fuera vos, ordenaría ahora mismo las cosas y pondría tus valijas con las mías, detrás del biombo.

El biombo, que parecía de papel, era blancuzco o grisáceo, con pescadores en botes, en un lago rodeado de serranías, por las que volaban cigüeñas.

—Brava, la señora.

Mascardi contestó:

—Conmigo, mansita, mansita. Claro que soy de la policía y quién te dice que la vieja no me tiene su respeto. No te preocupes: a vos también te va a respetar.

—Creí que estudiabas para abogado.

—Me cansé. Quién te dice que un día no me anote de nuevo. Hoy por hoy revisto en el cuerpo de custodias. Un trabajo que no es para mí, pero le encontré la vuelta. No me paso las guardias durmiendo, ni pegado a la radio, como los compañeros. Yo estudio, oírme bien, yo estudio para ser policía, para ser investigador, para ser detective, como más rabia te dé. A lo mejor abrigo el sueño de ser un personaje legendario, un Sherlock Holmes, un Viancarlos, un Meneses, vaya uno a saber. Estudio interrogatorios, seguimientos, un poco de todo. Porque todo tiene su técnica. No te olvides que en esta profesión la terquedad, la curiosidad, el amor propio, que a mí nunca me faltaron, pagan jugosos dividendos.

Tal vez por la transfusión, por las agitaciones de esa mañana y por el viaje, Almanza entendía las cosas a medias y dejaba entrever algún cansancio. Mascardi le preguntó:

—¿Qué pasa? Te noto, no sé cómo explicarme, apagado, triste. No me digas que la perorata de tu patrona te amargó.

—¿Por qué iba a amargarme?

—Por la entrada prohibida a las mujeres. ¿Te digo lo que pienso? Para gente como vos y yo es una ventaja. La mujer cargosa, que nunca falta, no te molesta. Uno entra en la pensión y está a salvo. Afuera disponemos de la Organización Mascardi.

No quedó otro remedio que preguntar qué era eso. Mascardi explicó que él conocía a unos cuantos estudiantes, que tenían un departamento. En La Plata, en los departamentos de estudiantes, vivían hasta cinco o seis. Como regla general, una vez por semana los visitaba una mujer.

—Hay otra regla importante que debes grabar en la memoria. En todo departamento, el que preside la cama se reserva el primer turno.

Mascardi agregó que tampoco faltan mujeres que por la noche se ofrecen desde la vereda, «a grillo pelado» como dicen los estudiantes chilenos.

Mirándolo inexpresivamente Almanza comentó:

—La verdad que te has vuelto mujeriego.

—¡Basta de hablar! —dijo Mascardi—. Si hablo mucho, como hoy, a esta hora ¡me viene un hambre! Te propongo que festejemos tu llegada con el famoso puchero de un restorancito de acá a la vuelta.

Cuando salían, se cruzaron con la muchacha, que les dijo:

—Si van a comer, buen provecho.

—Agradecido, señorita —respondió Almanza.

Mascardi lo miró con expresión vaga, como si estuviera pensando en otra cosa, y preguntó:

—¿Me dijiste mujeriego por ésta? Sin más te aclaro que en la materia no soy orgulloso.

Recostada en la puerta de calle, del lado de afuera, vieron a una señora de pelo castaño, de cara juvenil, blanca y rosada, de cuerpo casi robusto. Almanza murmuró:

—Con su permiso.

La mujer se hizo a un lado. Pasaron y saludaron.

—La señora Elvira, la esposa del inspector de estaciones de servicio de Y.P.F. —explicó Mascardi—. Ya se cansó doña Carmen de hacerle ver que una señora, parada en la puerta, da a la pensión un aspecto de conventillo. Semana tras semana el marido está ausente en sus viajes. La pobre lo quiere con locura y se pasa las horas en la puerta, en la esperanza de verlo llegar. Para mí que piensa que por un minuto ella se descuida, el marido no vuelve.

Pasadas las doce almorzaron en un restaurante que venía a quedar en 44 y 117, donde cocinaba patrona y atendía el patrón. La entrada era algo oscura; el salón estaba en desnivel; había que bajar uno o dos escalones. Comieron puchero de falda.

—No cargan los precios y te dan comida casera. Casi toda la concurrencia es de estudiantes —aseguró Mascardi—. Si alguien viene a conversar con nosotros, ni te acuerdes que soy de la policía. Este elemento mira con malos ojos al chafe.

—Los que te conocen ¿por qué van a desconfiar?

—Es gente muy quemada. Te digo más: el sector estudiantil está infiltrado por espías de toda laya. —Repentinamente preguntó: —¿A vos qué te trae a La Plata? ¿No me digas que has venido a estudiar?

—Vengo a sacar fotografías de la ciudad. Soy fotógrafo.

Mascardi volvió a lo que estaba diciendo:

—El sector está infiltrado de espías y, por si fuera poco, de activistas fanáticos. Para mi trabajo conviene que no sepan que soy de la repartición. Debemos tener presente que el día menos pensado nos llega la orden de vigilarlos.

—Te elegiste un trabajo bastante bravo.

—No es para cobardes.

—Hasta peligroso me parece.

Bruscamente hosco, Mascardi replicó:

—No sólo para mí. Si alguna vez me liquidan, a lo mejor te liquiden a vos también, nada más que porque nos ven ahora, en esta mesa. No te hagas mala sangre: primero tienen que averiguar cuál es mi verdadero trabajo. —Retomando el tono amistoso dijo: —No sabía que le hacías la competencia al viejo Gentile.

—Cómo se te ocurre. Trabajo con él. Justamente, el mes pasado apareció por el negocio don Luciano Gabarret, para que le sacáramos un retrato. Gentile, ya se sabe, si está entretenido en su laboratorio, no se apura. El otro juntaba rabia. Para mí que no está acostumbrado a esperar.

—Qué va a estar. Es un potentado.

—Casi le aclaro que el patrón pone el trabajo por arriba de todo, pero de golpe don Luciano me preguntó si me tenían de adorno o si me habían enseñado a sacar fotografías. Le saqué doce al hilo. Eran colores.

—Es bastante colorado, si recuerdo bien.

—Muy colorado y tiene cara de loco. Los ojos pasan rápidamente, no sé cómo decirte, de expresiones de astucia a expresar furia, como si echaran chispas.

—Es bajito.

—Y redondo. Parece un trompo. La única persona que he visto con briches y polainas de cuero, es todo el partido de Las Flores.

Contó Almanza que a la mañana siguiente volvió Gabarret y, cuando vio el trabajo, cambió de manera notable. Hasta se le endulzó la cara. Almanza comentó:

—No vas a creer. A infinidad de señoritas les pasa lo mismo que a este hombre. Ven sus fotos y se ponen contentas.

Siguió describiendo la entrevista. Gabarret le preguntó si únicamente sacabaretratos. Él mostro sus fotografías de estancias y volvió a preguntar Gabarret: «¿Quién las ha sacado? ¿Usted o el patrón?». Entonces apareció el viejo Gentile, que contestó: «El señor Almanza. Yo no estoy en ánimo para largarme al campo». A lo que dijo Gabarret: «En ese caso le propongo al señor Almanza que se vaya a La Plata, se tome una semana, con todo pago y me fotografíe la ciudad». Él contestó que no tenía pensado cambiar de patrón. «Nadie se lo pidió», afirmó Gabarret. «Mi intención es ordenar al Estudio Gentile una serie de fotografías de los principales edificios y monumentos de La Plata, para el primer libro de la colección Ciudades de la Provincia de Buenos Aires. Previa conformidad del patrón, le encargaría al señor Almanza el trabajo». Terció Gentile: «Con su venia, don Luciano, voy a decirle una media palabra a este muchacho que titubea». Lo llevó aparte y le aseguró: «Es la ocasión de tu vida. La ciudad no te destruye, vas a crecer como hombre y, lo que es más importante, como fotógrafo. Dejaré el asunto en mis manos». Al entrar de nuevo en el salón, Gentile anunció: «El muchacho no quiere. Haré lo que pueda por convencerlo, siempre y cuando la paga sea acorde con las aptitudes de un profesional de su categoría». Dijo las condiciones don Luciano: el boleto y «chirolas» al principio, con la promesa de girar a La Plata, a su debido tiempo, una cantidad a convenir. De plano rechazó Gentile. Nuevamente hubo un aparte y en voz bastante alta, a lo mejor para que lo oyeran, Gentile comentó: «El coraje de algunos». «Contéstele que no y ya está», dijo él, pero le hizo ver Gentile que una semana en una ciudad grande y populosa valía la pena y que, sobre las condiciones, no estaba todo dicho. Los viejos discutieron todavía un buen rato, sin ponerse de acuerdo. «Esta noche consultamos con el almohada y mañana retomamos la conversación», declaró Gentile. «Como quiera», contestó don Luciano, «pero en principio quedamos en que Almanza viaja a La Plata». «Siempre que no me mande a una huelga de hambre», replicó Gentile. «No será para tanto», dijo el otro. «Qué le hace a un muchacho apretarse el cinturón por unos días», y en puntas de pie, como si quisiera parecer más alto, apoyando las manos en la mesa y marcando las palabras con un vaivén de su cuerpo redondo y de su cara colorada, afirmó: «Mi criterio es muy claro: pagar lo menos posible hasta que me traigan el trabajo. Cuando lo vea, si me llena los ojos, pueden estar seguros que no van a quejarse de don Luciano Gabarret».

Mascardi preguntó:

—Y ese viejo tacaño ¿no podía ayudarte?

—¿Qué viejo?

—Gentile, quién va a ser.

—Cómo se te ocurre. La situación es mala y, cuando la gente está desplatada, en lo que menos gasta es en fotos.

—En todos estos años ¿tu único trabajo fue atender el mostrador y fotografiar? Una vida tranquilísima demasiado tranquila para mi gusto.

—Salí al campo. Antes de conchabarme con Gentile trabajé en una estancia, vacuné hacienda. Es así, me gustó siempre la fotografía. Un día le mostré a Gentile unas fotos que tomé con una máquina de cajón (rodeos de hacienda, carreras cuadreras, hasta una esquila) y me propuso que entrara de auxiliar.

—Tu trabajo, acá en La Plata, ¿cuándo empieza?

—Esta misma tarde.

—Tengo guardia, pero mañana por la mañana estoy libre. Si te parece, nos damos una vuelteita pa

que te muestre lugares de interés. Comparado con más de uno, soy un platense viejo.

Cuando entraban en la pensión oyeron la campanilla del teléfono. Atendió doña Carmen, patrona, y con un fruncimiento de la boca anunció:

—Para el joven.

Almanza recordó algo que le había dicho Gentile en el momento de la despedida: «En la ciudad esperan sorpresas, lo que es bueno, porque el hombre despierta y vive». Es verdad que agregó prevención: «No dejes que nada te aparte de la huella».

Tomó el teléfono y preguntó:

—¿Quién habla?

Realmente se llevó una sorpresa. La conversación duró poco, pero después, en el cuarto, debió esforzarse para escuchar lo que le decía Mascardi. Éste lo recibió con un comentario burlón.

—¿Qué tipo importante! Llega a La Plata y ya lo andan buscando por teléfono. ¿Se puede saber quién te llamó?

—Una chica. La conocí esta mañana. Hoy me acompaña a fotografiar.

—Una señorita seria, pero bien dispuesta.

—Una chica de familia. Estaba con su padre y con la propia hermana, que tiene un bebe y una nenita.

Mascardi lo oía con preocupación evidente. Habló luego sin apuro, pronunciando cada palabra por separado.

—El que viene de afuera, ande con ojo. El malandra huele de lejos al que no es de la ciudad. Oírlo bien. De un tiempo a esta parte apareció lo que en la repartición llamamos una nueva figura delictiva. Una familia, que en realidad no es más que una junta de sujetos de frondoso prontuario. Estableció relación con el candidato, en este caso mi condiscípulo y amigo Nicolasito Almanza, y todo concluyó en una estafa o algo peor. No sé si soy claro.

—¿Qué me van a sacar? ¿El equipo?

—¿Te parece poco?

—No lo suelto a dos tirones. Te aseguro que es una familia en serio. Gente de afuera. Como vos y yo. Con una diferencia: vienen de Coronel Brandsen.

Aunque llegó a la hora fijada, encontró a Julia en la puerta, esperándolo. «La cosa empieza bien se dijo. Don Juan le merecía respeto y tenía la mejor opinión de Griselda, pero esa tarde no se hallaba en ánimo de conversaciones. Estaba ansioso por fotografiar.

Caminaron hasta la estación, que fotografió de lejos y de cerca, en conjunto y por partes. Julia mostró como una señorita diligente, de notable paciencia. Le sirvió de auxiliar y al rato empezó sugerirle fotografías, siempre con fundamento y mucho tino. Cuando concluyó con la estación, Almanza fotografió el Roca, un cinematógrafo que había por ahí y, yendo hacia el lago y el bosque, fotografió el edificio de la Facultad de Ciencias Exactas, que le gustó mucho, y el monumento al Almirante Brown, «de altura imponente», según le comentó a Julia. Más adelante vieron el lago, con patos y cisnes, y gente que remaba en botes. Una insinuante voz italiana preguntó:

—¿Quieren una bella fotografía? Hay que guardar el recuerdo de un momento feliz.

El que habló era uno de esos viejos fotógrafos de plaza, con su guardapolvo y su gran cámara con trípode, provista de trapo negro. Julia dijo:

—Por mí no se ponga en gasto.

Almanza contestó con un frase dirigida al fotógrafo:

—Pierda cuidado, Julia. A un colega el señor le hace precio.

—Maldito oficio —contestó el fotógrafo (dijo *maledetto*)—. En estos días todo el mundo es colega, pero uno tiene que vivir. Próximo al lago, próximo al lago: será una bella fotografía. Hay que aprovechar ahora, que de nuevo está con agua.

—¿Estuvo seco?

—¿Cómo? ¿El señor no sabe? Hubo un crimen, pero no encontraban el arma. Si no hay arma, no hay condena. Se le metió en la cabeza a la policía que el arma estaba en el fondo del lago. Lo secaron. Este lago, orgullo de La Plata, se convirtió en un barrial infame, con burbujas de agua podrida y charcos donde boqueaban mojarras, una carpa que era un verdadero monstruo y bagres bigotudos, muchos feos que yo. No se imagina la cantidad de objetos inservibles que ocultaba este bello lago. Francamente, señor, había de todo, menos el cuchillo del crimen.

Mientras hablaba los fotografió. Entregó después una copia a cada uno.

—No está mal —comentó Julia—, aunque yo parezco de noticias de policía.

—Es un buen trabajo —dijo Almanza.

Julia preguntó si podía quedarse con la foto y agradeció el obsequio. Almanza pagó.

—Yo le voy a sacar una mejor —susurró cuando se alejaban por un sendero en el bosque, entre el jardín Zoológico y el Museo de Ciencias Naturales.

Almanza fotografió el edificio del Museo y después a Julia sentada en la escalinata, riéndose mucho, porque decía:

—Ésta es la escalinata de los enamorados. Me contaron en la pensión que a la noche la usan las parejas.

—Ahora la voy a tomar de cerca. La cara nomás.

Al mirarla a través del objetivo se dijo: «Qué linda cara. Es la primera vez que la veo. Como si yo no viera sino a través del lente de la cámara. Unos ojos extraordinarios y una nariz perfecta: algo que

no se encuentra todos los días». En voz alta comentó:

—Creo que le va a gustar la foto.

—Si me saca linda, Griselda se muere de celos.

Todavía estuvieron un rato en el bosque. Fotografiaron el planetario, para finalmente alejarse por una calle de tilos. Julia preguntó:

—¿No sentís el aroma?

Almanza notó que lo había tuteado. Por un momento se distrajo y perdió algunas palabras de que Julia le decía.

—Con Griselda nos queremos, pero nos peleamos, porque es muy celosa. En cambio yo e inseparable de mi hermano Ventura.

—Don Juan me contó que se fue de la casa.

—Te habrá dicho que murió.

—No dijo eso. Por lo menos, convencido no está.

—De un tiempo a esta parte lo da por muerto. Mi padre no es malo, pero a veces parece que no tiene alma. No digo que sea desalmado, sino que no tiene alma, fijate bien. Me contaron que los artistas son así.

—No sabía.

—Hoy representan un papel, mañana otro.

—A mí, don Juan me dio a entender que siente mucho la falta de su hijo.

—No por el hijo, se me ocurre, sino por las consecuencias. Sin Ventura para aconsejarlo, se enredó en negocios raros. Nos metieron pleito y tal vez nos embarguen Brandsen.

Por la manera en que habló Julia de ese campo, Almanza comprendió que era un lugar muy querido por ella, vinculado a sus mejores recuerdos.

—Ya se las arreglará tu padre para salvarlo —dijo.

—Tal vez. No se desanima fácilmente. Es muy buscavida, aunque no trabajador.

—Me contó que la desavenencia con tu hermano fue por una póliza de seguro.

—Fijate qué raras son las cosas. Tomó esa póliza para favorecer a una señora amiga, mejor dicho al hijo de la señora, un muchacho que era agente de seguros. Poco después el muchacho dejó el trabajo y abandonó la casa de su madre.

—¿Más o menos como Ventura?

—Con la diferencia que se metió de fraile, en un convento, a la salida del Azul. Dicen que es llamado de la vocación. ¿Vos dejarías todo para meterte en un convento?

—Yo no, pero a lo mejor a él le da por la religión como a mí por la fotografía.

Se despedían, frente a la pensión de los Lombardo, cuando apareció en la puerta Griselda y invitó a pasar. Se excusó, pero estuvo conversando con las dos hermanas, como si no tuviera el menor apuro. No tardó, sin embargo, en irse, porque entendía que el laboratorio quedaba lejos y quería llegar antes que cerraran.

Debió caminar un buen rato y mirar de vez en cuando el papelito en que Gentile anotó la dirección. Como algunas calles no tenían chapa en las esquinas, temió haberse pasado... A un señor que distribuía a su familia en los asientos de un automóvil, le preguntó si iba bien.

—Tres cuadras —contestó el señor y agregó que el laboratorio debía de quedar donde 24 ha esquina con la diagonal 75. El señor dijo «el diagonal».

Por fin llegó. Abrió la puerta el propio señor Gruter, un viejo de pelambre revuelta y de expresión ansiosa.

—Te estaba esperando —dijo—. Ya creí que no venías.

—¿Es tarde?

—Mucho me temo.

—¿Hora de cerrar? Me voy.

—Cerramos para los clientes, no para los amigos. Pasá, pasá. Te presento a Gladys, mi ayudante.

Gladys era una muchacha rubia, con aire de inglesa o tal vez de alemanita, alta, huesuda, probablemente maternal y de buena índole. Entraron en una sala poco iluminada por una lámpara con pantalla de seda verde, en forma de cúpula, con hileras de cuentas de colores, a modo de fleco. En una mesa había infinidad de fotografías y, en la pared, una estampa de Cristo, con ropón morado. En una repisa, algunos libros se alineaban entre las estatuillas de un chino o japonés con los ojos vacíos y una mujer desnuda con muchos brazos.

—¿Quiere un mate? —preguntó Gladys.

—Gracias, no se moleste.

—¿Cómo quedó Gentile?

—Bien. ¿Podría pasar al laboratorio?

—Así me gusta. Digno ayudante de mi viejo amigo Gentile. ¿Me sigue?

Lo llevó al laboratorio. Almanza contempló con admiración y un dejo de envidia la ampliadora tanto más moderna que la de ellos. Estuvo trabajando un rato. Las fotografías salieron bien, por lo que pensó que la niebla de La Plata no era desfavorable.

Cuando se iba pidió disculpas por haberlos entretenido hasta esas horas.

—Al contrario —aseguró Gruter— me gustaría que uno de estos días te quedaras a conversar.

—Mañana me tendrá de vuelta.

—¿No conocés a nadie en La Plata?

—A un compañero de colegio. Vino a estudiar y ahora trabaja. De nombre, Mascardi.

—Eso está bien —comentó Gruter.

—Conozco, además, a una muchacha, que me acompañó a fotografiar.

—¿La que sacaste en la escalinata del museo?

—La misma.

—¿Cómo la conociste?

—Por casualidad.

Contó cómo fue su encuentro con la familia Lombardo. Gruter comentó:

—Una verdadera casualidad. Es claro que si uno llega de afuera debe cuidarse.

—¿Mascardi le estuvo hablando?

—¿El amigo tuyo? No tengo el gusto de conocerlo.

A la otra mañana había la misma luz apenas atenuada por la niebla. Le dijeron que era típica de La Plata. Menos mal que esa luz favorecía el trabajo, porque las dificultades no faltaban. Para empezar, el tamaño de los edificios. Ya le previno Gentile que se encontraría con edificios tan grandes, que se vería en apuros para meterlos en una foto sin deformarlos. En Las Flores se ejercitó, aunque no bastante, con la Municipalidad, la Iglesia y la fábrica de pantalones y camisas. Menos mal que la avenida 7 de La Plata era ancha. Se entretuvo allá hasta la una pasada: fotografió el Banco de la Provincia, la Universidad, el cine Gran Rocha, que está a la vuelta, en 49. Desde el correo despachó Gentile el material del día anterior. «Ojalá que lo dé pronto a Gabarret y que guste», pensó. Trabajó un rato en la plaza San Martín. Cuando llegó al restaurante, Mascardi le dijo:

—Creí que no venías.

—¿Es tarde?

—Bastante.

—Desde que llegué no oigo más que esa queja. No es por alardear, pero me tengo por puntual.

—Aunque llegues tarde, como todo el mundo. Esta mañana no te acompañé porque me llamaron del Departamento. Yo trabajo en serio y cumplo horarios. Puedo acompañarte después del almuerzo.

—Después del almuerzo me acompaña la señorita de ayer.

—No me vas a creer: a esa gente le estoy tomando una idea... Te digo más: no sé qué buscan.

—Son dos hermanas. La otra también es muy linda. Te la presentaría, pero es casada.

Fue a sentarse con ellos un muchacho de poca estatura, menudo, de frente ancha, que debía de ser un joven, casi un chico. Un chico avejentado, con anteojos de cristales gruesos. Mascardi habló en un tono de burlona solemnidad:

—El amigo Almanza, un compañero de escuela, que vino a fotografiar La Plata, y el amigo Lemonier, alias el Viejito, estudiante de ingeniería, futuro medalla de oro.

—¿Vino especialmente a fotografiar mi ciudad? —preguntó el Viejito—. Por encargo, quieren hacer un libro de crear.

—Para una colección de libros.

—¿Empieza por La Plata, como corresponde? Una ciudad nueva, de gran pasado. Su pasado es cuando el país tenía futuro.

—No entiendo —dijo Almanza.

—¿Molesto? —preguntó un muchacho de campera, que se había acercado a la mesa.

Mascardi presentó:

—Pedro, alias Pedrito. Lemonier, alias el Viejito y Almanza, que es de mi pago.

El recién llegado arrimó una silla. Tenía la piel rojiza, la nariz curva, los ojos chicos, los brazos cortos. Lemonier retomó el diálogo interrumpido:

—Le va a gustar cuando se aquerencie. Es increíble, pero aquí la gente se aquerencia.

Pedrito miró sucesiva, atentamente a Lemonier y a Almanza. No pestañeaba.

—Lo que se nota es la falta de tradición —afirmó apesadumbrado Mascardi.

Almanza lo escuchó con asombro. No sabía que su amigo fuera capaz de una reflexión como ésa.

—La Plata —dijo Lemonier— tiene la mejor de todas las tradiciones: la del país grande y próspero.

que fuimos. Yo diría que la ciudad es un vivo monumento a esa esperanza. Además tenemos tradiciones chicas, de barrios y de amigos. Más auténticas, en muchos casos, que las de zapateadores y grupos folklóricos. Es claro que entre nuestras más auténticas tradiciones hay una que te regalo: la de los malos gobiernos.

—¿Todos te parecen malos? —preguntó Mascardi—. ¿No serás medio anarquista?

—¿Por qué no? Como dijo alguien en un sueltito de *El Día*: «Soy un soldado desconocido de guerra del individuo contra la sociedad». No sólo contra el Estado, también contra el consorcio de propietarios y contra el club, aunque sea Estudiantes de La Plata y le duela a Mascardi.

El tal Pedrito escudriñaba a Lemonier con atención y desconfianza. Tras un bostezo, Mascardi habló apresuradamente:

—¿Te cuento, Almanza, lo que de verdad tu amigo Mascardi está pensando mientras debate con ustedes los tópicos más profundos? Está pensando que no tiene el menor inconveniente en que presentes a la hermana de tu amiga. Que esté casada es un detalle que no interesa.

—Menos compromiso —observó Lemonier.

Mascardi comentó:

—El Viejito es lo que se llama un cerebro y un amigo. Como quien no quiere la cosa, dice verdad. Ya es tiempo que aprendas.

- [**download online Goblin Quest \(Jig the Goblin, Book 1\) pdf, azw \(kindle\), epub, doc, mobi**](#)
- [click The Beginning of Infinity: Explanations That Transform the World](#)
- [**download BrasyI pdf, azw \(kindle\)**](#)
- [**download Technics and Time, 3: Cinematic Time and the Question of Malaise \(Meridian: Crossing Aesthetics\) here**](#)

- <http://junkrobots.com/ebooks/Goblin-Quest--Jig-the-Goblin--Book-1-.pdf>
- <http://chelseaprintandpublishing.com/?freebooks/The-Beginning-of-Infinity--Explanations-That-Transform-the-World.pdf>
- <http://academialanguagebar.com/?ebooks/Introduction-to-Law.pdf>
- <http://academialanguagebar.com/?ebooks/Shanghai--City-Travel-Guide---5th-Edition-.pdf>